

no dejaria de dárselas á la otra porque aunque indirectamente tuvo tambien participio en su libertad.

Pero dejando aparte las cosas de otro mundo que esperamos ver de cerca algun dia, volvamos á las de este que son de las que mejor podemos dar cuenta á nuestros lectores.

LXIV.

Una buena compra.

La cárcel de Cádiz era tan inmunda, húmeda, hedionda, mal sana y nada á propósito para su objeto, como la de ciudad y la Acordada, que como no somos muy fuertes en arqueología y en historia, suponemos que nos fueron legadas por nuestros padres los españoles, y como la de Belen, que de asilo de la inocencia perseguida, de consuelo de amores desgraciados, y de expiacion de desobediencias filiales, la convertimos los herejes y desalmados puros en una penitenciaría *sui generis* donde se empeora todo, desde la salud del cuerpo hasta la condicion del alma.

Tambien habia en la cárcel de Cádiz, ó suponemos que habria, porque hoy que estamos dados completamente á la franqueza debemos confesar que no la hemos visto, habia, deciamos, el famoso boqueté desde donde un preso de voz ronca

y aguardentosa, que tambien en aquella cárcel debe haberse vendido aguardiente para uso de los inquilinos como en las nuestras, gritaba el nombre de los presos á quienes iban á visitar ó á llamar para que fuesen á la presencia del juez que conocia de su causa.

Unos de los presos estaban tendidos á la bartola en completa ociosidad, otros se paseaban en grupos contando sus hazañas ó fraguando nuevas para la hora de la libertad; estos se ocupaban en trabajos de manos curiosos y apreciados en la plaza, aquellos jugaban albures sirviéndoles de naipes imágenes de santos y apostando á Santo Domingo de Guzman contra la Virgen del Cármen ó del Pilar de Zaragoza, y echando entreses de Cristos y tecolotes y todas ménos de Niños de Atocha, no faltando, por supuesto, quien amarrara las llamadas cartas, ni mas ni ménos como sucede aquí, que está prohibido el juego, aunque no en la cárcel sino en otras partes donde imperan los fulleros desollando á los incautos.

El boquetero cantaba de vez en cuando con voz ronca un nombre, y el preso aludido dejaba en el acto su ocupacion ó su entretenimiento para acudir al llamado creyendo siempre que seria el último que le hicieran en aquel lugar de reclusion. Despues de varios nombres pronunciados de esa manera y que pertenecian á personas que no conocemos, el singular portero gritó:

—Ludovico Velletri, con su sombrero!

Cualquiera diria que estábamos en la cárcel de México al oír llamamientos semejantes, que regularmente se piensa son peculiares de un solo país; pero debe recordarse, para que no parezca extraña esa identidad de usos y costumbres, que la mayor parte de los nuestros son heredados de nuestros padres, y que siendo rancio y antiguo el sistema á que aludimos, no es raro que estuviera en vigor y aún que lo esté ahora en

la vetusta madre que nos proporcionó Colon, Dios se lo pague.

Un hombre de fisonomía abatida, de cabellos grises, vestido pobremente, se adelantó hácia la puerta; no era el Ludovico que conocimos hace algunos años, fresco y vivaracho, amable con la Sra. Marietta, servicial con la tia Marta y jugueton y travieso con el niño Mário; era un hombre hecho, grave y severo, desengañado completamente del mundo, aborreciendo á la sociedad y jurando vengarse de la injusticia de que le habia hecho víctima.

Cuando se le dijo que estaba en libertad, no se inmutó en lo mas mínimo su semblante; fué á su dormitorio á buscar los miserables efectos que poseia y salió de la prision con la misma calma, los propios sentimientos é igual fisonomía meditabunda que le distinguian en ella.

La justicia no se tomó la molestia de disculparse con el pobre diablo por el error de que le habia hecho víctima; seria bochornoso para la Témis del mundo tener que confesar que se equivoca algunas veces, y como los padres desnaturalizados que acostumbran azotar á sus hijos, dice cuando castiga injustamente:

—Vaya, por cuenta de las que hagas sin que yo lo sepa.

La primera pregunta que se hizo Ludovico luego que se vió en la calle y pudo respirar el aire puro de la libertad, fué la que cualquiera se habria hecho en su caso:

—¿Adonde iré?

Tenia algunos cuartos que á fuerza de economía y de trabajo habia ahorrado en la prision, y que á costa de inauditos desvelos habia logrado conservar fuera del alcance de las garras de sus compañeros de habitacion. Seguia por la calle abajo pensando en su destino y en el de aquella familia desventurada, de la que con tanto gusto habria formado parte, cuando un gran cartel blanco que resaltaba sobre el fondo oscuro de la

puerta de una casa le llamó la atención. Vió con cuidado y leyó en él que se alquilaba á precio módico un departamento medio amueblado, se vendian algunos efectos para completar el menaje, habia buena disposicion por parte del portero para arreglarse en cuanto á la asistencia, y todo por un precio fabulosamente módico.

Ludovico entró á hablar con el dios que ofrecia tantas maravillas, y se encontró de manos á boca con el tío Antonio, á quien reconoció desde luego y habria querido comerse vivo; pero despues de inmutarse, dar dos pasos atras en señal de sorpresa y apretar los puños instintivamente, le vino un momento de reflexion y pensó que aquel hombre, que sin duda alguna no le habia reconocido, era tal vez el único que podria darle razon del niño Mário.

Efectivamente, el tío Antonio no habia conocido á Ludovico y pronto celebraron ambos un contrato por el cual quedaba instalado el antiguo sacristan en el cuarto del Cura, dueño de los efectos que le pertenecieron al ajusticiado, y con el tío Antonio á su servicio, todo, como lo rezaba el cartel de la puerta, por un precio sumamente módico, pues no habia quien quisiera tomar aquel departamento ni comprar aquellos efectos desde el momento en que se supo en el barrio que el hombre que le habia habitado últimamente, que estaba en olor de santidad para el tío Antonio, quien no perdía ocasion de alabarle por todas partes, habia salido de allí hacia unos cuantos dias camino de la horca.

Los crédulos españoles suponian que á la hora de los duendes no dejaria el ahorcado de visitar todas las noches su antiguo cuarto, y el mismo tío Antonio no se habia atrevido hasta entónces á tocar uno solo de los objetos del Cura, salvo el ropero que fué preciso poner en su estado primitivo para que los inquilinos nuevos que fuesen á ocupar los cuartos des-

ocupados de una manera tan trágica por D. Alejandro y el Cura tuviesen toda la seguridad apetecible.

Pero Ludovico nada sabia de lo que habia pasado allí, venia de un mundo enteramente diverso, y aunque llegó á sus oídos la historia del asesinato de D. Alejandro y de la ejecucion del Cura, ni por la imaginacion le pasaba que iba á ocupar el mismo departamento que habia servido de teatro á tan espantoso suceso.

Instalado que estuvo en su nueva habitacion, procedió á examinar cuanto ella contenia y luego se sentó en uno de los sillones de cuero en que el Cura fraguaba sus planes de campaña, á meditar sobre lo que debia hacer y qué pasos dar para cumplir de la mejor manera posible la voluntad de la muerta, y determinó sujetar al siguiente dia al tío Antonio á un interrogatorio.

Aunque la noche no estaba muy avanzada aún, como quiera que el pobre ex-sacristan ansiaba hacia mucho tiempo dormir en una pieza sola, tranquila y cómodamente, dispuso acostarse esperando pasar la primera noche buena despues de tantas malas como habia contado en la prision, y al efecto comenzó á hacer sus preparativos.

Iba ya á meterse en la cama cuando un sentimiento repulsivo se apoderó de él; pensó que en aquel colchon habia dormido ántes otra persona, que no sabia quién era ni si padecia ó nó enfermedad contagiosa, y con estas ideas muy ajenas por cierto del que tiene un verdadero deseo de dormir, y que lo mismo le dá satisfacer esa ingente necesidad en el lecho de una diosa ó en el de un apestado, en un embanquetado frio y á la intemperie que en una mullida cama en una alcoba muy confortable, discurrió que debia, cuando ménos, para tranquilidad de su conciencia, cambiar el colchon del lado opuesto al en que se hallaba colocado encima de la cama.

Pensando y haciendo comenzó á ejecutar la maniobra que habia discurrido, y al colgar un poco el colchon para lograr el objeto que se habia propuesto, algunos cuerpos extraños se deslizaron entre la pluma de que estaba relleno; este movimiento llamó la atencion de Ludovico, que examinó cuidadosamente el mueble que tenia delante, le palpó por todas partes, y sintió que en su parte interior tenia cuerpos duros de diferente forma, y que indudablemente no pertenecian á la materia única que debia cubrir la funda.

Su primer movimiento fué el de dirigirse á la puerta y llamar al tio Antonio para reclamarle porque en vez de un mullido colchon le habia dado un saco lleno de guijarros, pero una fuerza instintiva le detuvo, y esa curiosidad tan natural en todos los humanos y que nadie es dueño de contener, le hizo volver de nuevo á la cama, donde armado de unas tijeras comenzó á descoser la funda que contenia los objetos que llamaron su atencion.

Luego que hubo espacio suficiente para que cupiera una mano, introdujo su diestra por entre la pluma y palpó algo como un pequeño saco de cáñamo bien repleto de monedas. El corazon de Ludovico latia fuertemente. Algo le decia que habia hallado cuando ménos lo esperaba una fortuna; sacó apresuradamente la mano con el encontrado objeto: era un saco, un verdadero saco de dinero, de inflado vientre y de amarrada boca.

Temblándole los dedos de emocion desató el cordon que se oponia aún á que su curiosidad quedase satisfecha, atado como estaba con uno de aquellos nudos que llaman ciegos las mujeres, y que por fin logró deshacer no sin mucho trabajo.

Tomó el saco por la parte inferior, y volviéndole sobre el colchon, rodaron nuevas y relucientes monedas de oro por la cama en que el pobre Ludovico creia disfrutar del deseado

descanso, y que le ofrecia en su lugar una regular fortuna.

El antiguo sacristan de la Misericordia pensaba estar soñando.

Su sorpresa no fué, sin embargo, tan grande que le impidiera continuar registrando el bienaventurado colchon de que á tan poca costa se habia hecho dueño, y nuevos sacos tan bien henchidos como el primero correspondieron dignamente á lo que, visto su primer hallazgo, se esperaba.

Pero ademas de aquellos talegos encontró entre la pluma del colchon, limas y otros instrumentos que indicaban perfectamente la clase de dueño á que habia pertenecido anteriormente aquel mueble, y algunos pensamientos elevados dieron tregua á la alegría que se habia apoderado de su alma al contemplar el tesoro que le deparaba la suerte.